

EL OBRERO.

PERIÓDICO SEMANAL.—ORGANO DE LA SOCIEDAD DE ARTES Y OFICIOS.

Solidariamente responsable.

LA SOCIEDAD.

San José, 17 de Enero de 1891.

Redactor y Administrador,

MIGUEL A. SALAZAR.

CONDICIONES.

12 Números \$ 1-00
Número suelto 0-10
Avisos y remitidos a precios convencionales.
Comunicados de interés general GRATIS.

El Obrero.

Discurso

pronunciado por nuestro apreciable consocio y amigo don Emilio Artavia, en el acto de ser inhumados los restos del Teniente don Emilio Ruiz Saborío.

SEÑORES:

No soy yo seguramente el llamado a dirigiros mis pobres frases en este solemne momento en que están próximos a desaparecer de nuestra vista los restos mortales del que fué Emilio Ruiz. Ya no sería mi intento si pretendiera con ellas hacer su panegírico ó pronunciar una oración fúnebre digna de nuestro querido amigo. No; es la amistad que á él me unía, es el sentimiento profundo que su repentina muerte me ha causado, lo que me mueve á turbar la paz que, no hallándola en este mundo él mismo quiso buscar en el otro.

La Amistad, palabra dulce, símbolo de la fraternidad y el compañerismo, la Amistad verdadera, franca y desinteresada he ahí lo primero que nos brindaba nuestro amigo Ruiz. Era amigo de todo el mundo, como suele decirse, y generalmente apreciado y querido de cuantos le conocían y trataban por las muchas prendas morales que le adornaban. Siempre afable, siempre complaciente, sin que nunca llegara á cegar el orgullo ó la vanidad, era el mismo así en el infortunio como en la prosperidad.

Sin embargo tuvo enemigos. Pero ¿quién no los tiene? aún los más grandes hombres, aquellos que han asombrado al mundo con sus inventos ó su sabiduría se han visto heridos por la envidia y la calumnia. Estos dos asquerosos reptiles pretendieron clavar su afilado diente y manchar con su asquerosa baba la límpida reputación de nuestro amigo. Pero así como la aurora al aparecer en el horizonte ahuyenta las som-

bras de la noche así la verdad debía abrirse paso al través de las miserables invectivas de sus detractores.

Se le enrostraba el enorme delito de haber sido carretonero y como tal no podía ocupar el puesto de Segundo Comandante de Policía á que había ascendido por sus propios méritos y no por la baja intriga y la rastrera adulación de que por desgracia se valen muchos para obtener los puestos públicos. Misericordia humana! Desde cuando el trabajo manual degrada al hombre para que un carretonero como nuestro amigo Ruiz lo fué, no pudiera llegar á ocupar un puesto más alto que el que tenía si él mismo no hubiera puesto tan temprano fin á sus días?

Preguntándole yo á un policía por qué algunos no querían á Ruiz como Comandante me contestó que él, como particular, era magnífico, muy amable y complaciente, pero como superior era muy rígido no permitiendo á sus subalternos el menor abuso.

Estos eran sus enemigos. Unos por envidia: otros por despecho. Preguntábale un día á Emilio si pensaba contestar al ataque que le hacían en un periódico y me contestó que ataques como ese los vería siempre con el mayor desprecio, puesto que solo se le atacaba personalmente, que cuando se le hiciera un cargo fundado por mal cumplimiento en sus deberes ó obligaciones, entonces contestaría en términos más decentes que los que usaban sus gratuitos enemigos.

Tal era aquel hombre cuya muerte deploramos hoy todos los que nos honrábamos con su amistad, y en particular la *Sociedad de Artes y Oficios*, de la cual era uno de sus socios más cumplidos. Yo me permito expresarlo así en su nombre y por ser estos mis personales sentimientos como consocio y amigo de Emilio.

¡Paz á sus restos, veneración y respeto á su memoria!

HÉ DICHO.

San José, 26 de Diciembre de 1890.

JUSTICIA AL MERITO.

Era el 7 de Mayo de 1856—la guerra que sostuvo Costa Rica con el filibustero en Nicaragua—había sido interrumpida por el terrible azote del

huesped Asiático; nuestro ejército diezmado por la terrible plaga corría desolado á sus hogares, nada podía detener el ímpetu horrible que cual río desbordado había roto inmenso dique. Sólo quedaron los que sintieron el horror de morir en tierra extranjera, abandonados sus cadáveres á las aves carnívoras, lejos de una madre, de una esposa idolatrada—sin un consuelo, sin una esperanza.—Nada detenía el pánico atroz que había acaudado á los corazones de nuestros compatriotas—allí los llanos de Sapoá, testigos mudos, franqueaban sus anchos campos, para servir de sepulcros á tantos seres queridos; allí los hermanos á sus hermanos apenas daban un triste adiós al que quedaba y éstos dirigían á sus íntimos un último recuerdo.

Antes de llegar al "Jocote" en el llano de las delicias—está la tumba del malogrado Juan Alfaro Ruiz—la Historia Patria tendrá que dar un lugar distinguidísimo al valiente y heroico militar, al abnegado ciudadano que en medio de oficiales y soldados exhalaba su último suspiro después de haber rendido á nuestro país sus importantes servicios. Aquellos compañeros de armas, deseaban trasladar los restos venerandos del intrépido Alfaro Ruiz; las circunstancias afflictivas no permitieron tal paso,—mas las glorias costarricenses siempre harán luz en el horizonte de su vida pública.—Si los restos del General Alfaro aun no se han traído para honra de nuestra Patria, no será lejano el día que tal se haga y mientras tanto no dudamos que en el corazón de los costarricenses ese nombre vivirá con respeto y gratitud.

A la heroica Provincia de Alajuela, le ha cabido la honra de ser la cuna del denodado ciudadano que nos ocupa; pero á todo costarricense le cabe la satisfacción de contarle entre sus valientes y abnegados.—A Juan Santamaría—la patria hoy le hace merecida justicia, creemos también acreedor á tales méritos al General Alfaro Ruiz y sería cumplida cuando viéramos entre las tumbas la de nuestro héroe, y pudiera leerse en una sola palabra la historia de sublime abnegación; y sería una leyenda tradicional que las generaciones venideras verían con santo respeto y las madres al pie de ese monumento contarían á sus hijos las glorias de Alfaro Ruiz y el premio á la memoria de este soldado Patriota, sería un estímulo para sembrar en los tiernos corazones las grandes virtudes que ennoblecen á la humanidad.

No podemos dudar un momento que los amigos de la justicia y el progreso, contribuirán con su auxilio en favor de tal idea si ella merece acogida.—Aun existen Jefes y soldados que pueden dar notas evidentes sobre los hechos dignos de nuestra memoria y esos miles de compañeros de armas harán justicia al mérito y abnegación

que caracterizaron el noble corazón de Juan Alfaro Ruiz.

Enero 11 de 1891.

ZACARÍAS PACHECO.

VARIEDADES.

DICEN.

Nada mas inocente á primera vista, que el vocablo que acabamos de escribir para encabezar estas líneas, y sin embargo, al a mparo de su sutil trinchera, se puede herir impunemente á todo el mundo. Escoltada por estas dos sílabas, se puede llevar una joven pura á las gemonias de la deshonra; un inocente á la picota; una familia entera, al abismo de la desesperación.

—Dicen que en la comida que dió ayer el Dr. N., don Andrés se guardo con disimulo, unas cucharas de plata.

—¿Quién le ha referido á usted eso?

—Lo he oído decir á varios de los convidados.

—Siempre las picardías se descubren.

—Dicen que sólo por no causar un escándalo, los dueños no lo hicieron desnudar en la escalera.

—Bien lo merecía; yo no lo hubiera dejado salir.

—Desde que estas cosas se dijeron, siempre que don Andrés entra en una casa, los dueños no se apartan ni un momento. Ahora se encuentra muy preocupado, porque su hija, una preciosa joven, encanto de su vida, alegría de su casa, acaba de ser desairada por el novio, en visperas ya de efectuarse el enlace, que iba á darle un yerno de bellísimas prendas. Un compañero de colegio, á quien no había convidado, le dijo un día:

—Sé que te casas pronto; pero debías invitarme á la función, aunque no fuera más que para ayudarte á cuidar las cucharas.

—¿Qué quieres decir con esto? Ojalá hablaras con claridad: no me gustan las reticencias.

—Pues sino te gustan, pregúntaselo á cualquiera que pase por la calle.

La traidora averiguación dió por resultado la ruptura del matrimonio proyectado, dejando despedazados dos corazones, y lleno de amargura á don Andrés, que no puede explicarse por qué sus amigos de antes esquivan saludarlo hace algún tiempo y no le pagan sus visitas.

—Dicen que anoche en el Teatro, doña María.....

—Puff! y cómo sabe usted tal cosa?

—Lo he oído decir en todas partes.

—¿Pero quién ha presenciado el hecho?

—Ha habido quien lo haya visto. Y una cierta sonrisa como de gente discreta, profundiza la herida. Doña María no sabe por que, desde enton-